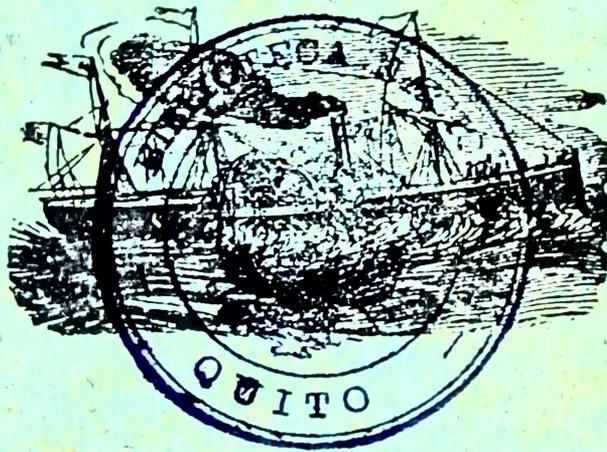


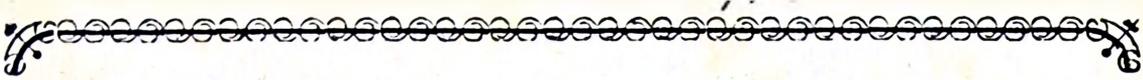
EL GENERAL ALFARO
Y LA
RESTAURACION.



QUITO.

—o—
Imp. de la heredera de P. S. Paredes, por J. Mora.

—
1884.
—



EL GENERAL ALFARO Y LA RESTAURACION.



En la imprenta del "Star and Herald" de Panamá se ha publicado con fecha 30 de mayo último, un folleto que tiene por título "La Regeneración y la Restauración", suscrito por el Gral. D. Eloy Alfaro; y según lo asegura el autor, es la primera parte de la compendiada narración de la campaña contra la dictadura.

Más de una vez hemos dudado de que esta publicación sea auténtica, porque de su contexto se puede deducir que algún enemigo encubierto, ó falso amigo de dicho Gral., á pretexto de narración histórica, quiso vengarse de él ridiculizándolo por la prensa. Y á fé, que lo ha conseguido; porque es inconcebible cómo un hombre de sano juicio que aspira á coronarse de laureles, el caudillo de un bando que, aunque diminuto, se llama partido político, y acaricia la esperanza de su engrandecimiento, se exhiba ante el mundo desempeñando el ridículo papel de un fatuo que hace su propia apoteosis. Nó; no consideramos al Gral. Alfaro como á uno de esos locos poseidos de la manía de creerse monarcas ó genios superiores. Si el Sr. Alfaro ha dado pruebas de enagenación mental no lo sabemos, pero sí que su principal y única ambición es, quizá captarse, popularidad entre sus compatriotas, y no podía echar á volar publicaciones que producen el efecto contrario.

Sea de ello lo que fuere: el vehemente deseo de que la verdad histórica ocupe el lugar que le corresponde en nuestras efemérides, y que no queden sepultados los laureles adquiridos, á costa de tantos sacrificios, por los héroes de la Restauración, nos ha impulsado á comentar someramente aquel escrito, cualesquiera que sean su origen y su autor, sin apelar á ningún hecho

incierto ó dudoso, ni hacer hincapié sino en los que son notoriamente conocidos y pueden comprobarse en juicio contradictorio. Lejos de nosotros la adulación y vil lisonja, la injusta crítica y la ciega impugnación!

Empecemos por el análisis del fondo de la historia.

Parece que el autor del folleto que nos ocupa ha creído, de buena fé, que no ha de ser leído sino en el siglo futuro, cuando no exista la generación presente, ó que no ha de pasar del pequeño círculo de sus adula- dores. No ha tenido en cuenta que escribe para sus contemporáneos, para sus compañeros de armas y mi- llares de testigos presenciales de los hechos que desfi- gura ó niega; hechos que pasaron ayer y que están pal- pitantes en la memoria de nacionales y extranjeros; ni tampoco ha tenido en cuenta que las fábulas que ha for- jado, para adquirir fama y renombre, no pueden ser acogidas por la historia, porque carecen de la sanción de la verdad. De este menosprecio del juicio de sus con- temporáneos, de este insulto á los testigos presenciales, de esta ligereza incalificable en trastornar y desfigurar hechos y acontecimientos que nadie ignora, ha resulta- do no una relación verídica sino una mezcolanza cuasi novelesco-histórica de lo que el Sr. Alfaro llama cam- paña contra la dictadura.

Acontecimientos insignificantes, hechos aislados que ningún bien han producido en pro de la causa na- cional; evoluciones infructuosas, planes irrealizables, están relatados en el folleto del Sr. Alfaro como haza- ñas heroicas, y encomiados hasta la más exagerada hi- pérbole, porque pasaron en el ejército de *lo litoral*, ó fueron parto de su caudillo. Al contrario, los aconteci- mientos providenciales, las verdaderas hazañas, la maes- tría y extrategia militares de los caudillos del ejército del interior, se niegan en absoluto, se rebajan á cero, ó, cuando mucho, se habla de ellas por insidencia, como si no merecieran el honor de referirlas. En una palabra: todo lo que atañe al ejército de *lo litoral*, es decir, á

la persona del Sr. Alfaro, es grande, estupendo, admirable;—todo lo que toca al del interior es pequeño, despreciable, asqueroso. Para ver la magnitud de los unos no basta la simple vista,—se necesita telescopio;—para ver la pequeñez de los otros, hay que hacer uso del microscopio. He ahí la diferencia que encontraría el historiador si tomase como documento serio el folleto que nos ocupa.

Pero ¿qué se propuso el Sr. Alfaro con este sistema de ciego egoísmo? ¿Pensó que su nombre pasaría á la posteridad como uno de los más grandes capitanes del presente siglo? Este es un engaño; pues probablemente los historiadores no serán sus adeptos apasionados.—¿Quiso, tal vez, envuelto en la lisonja, cubierto de encomios, arropado de merecimientos ficticios, ganar popularidad entre sus conciudadanos? No son estos los medios para alcanzarla, sobre todo en los pueblos del interior que aman y respetan sólomente lo que es digno de amor y respeto, y que no se alucinan con los oropeles y parlas de comedia.

Veamos ya la narración en su forma.

El autor “estaba en Panamá en el mes de octubre de 1882 (después de su derrota de Esmeraldas) y recibió noticia de sus amigos de Quito de que muy pronto le remitirían la cantidad de 25,000 pesos. Contaba con esta suma para emprender nuevas operaciones contra la dictadura, cuando tuvo conocimiento del horrendo crimen perpetrado por Veintemilla en la noche del 9 de noviembre de 1882;” [¿Asombroso prodigio! ¿Saber en Panamá en el mes de octubre, lo que debía ocurrir en Guayaquil en noviembre del mismo año!] y desde ese momento pensó *casi de un modo exclusivo* en conseguir muy reservadamente un vapor para irse con algunos centenares de patriotas á Guayaquil  desembarcar en el muelle de la ciudad, y exterminar de una vez al monstruo que habia ultrajado la honra nacional”.

Si esta quijotada no se ha escrito para poner en ridículo al Gral. Alfaro, y hacer reír á los lectores del

folleto, explíquenla sus más ciegos partidarios. Estos nos dirán que la cosa es seria, que lo dice Alfaro y hay que creerle. Lo creemos. ¡ Guayaquil es el país de los liliputienses descrito por el Capitan Gulliver !

Viene en seguida la minuciosa y pueril narración de la espera del dinero ofrecido de Quito, del mal viaje del buque que conducía el escaso pero precioso armamento ; la llegada de éste al puerto de "La Tola", y el *avance* de los patriotas á la capital de la provincia de Esmeraldas. Los demás actores del pronunciamiento del 6 de abril, se habían puesto en movimiento, y después de reunir unos 300 voluntarios mal armados, *avanzaron* hasta la hacienda "La Propicia", distante dos leguas de Esmeraldas.

"El día 6 de enero de 1883, *avanzaron* nuestras fuerzas, dice el relato, y apenas vieron al enemigo emprendieron resueltamente el ataque. Fué terrible el choque. El enemigo quedó aterrorizado y despedazado. Sus bajas no bajaron de cien". Enumera las víctimas y heridos de ese combate, y á renglón seguido continúa : "Los enemigos quedaron por el momento en posesión de sus inexpugnables trincheras; y nuestras fuerzas, escasas de parque, se mantuvieron en los alrededores en actitud ofensiva. La gente del dictador cometió excesos atroces. Al incendio, agregó el día 7 el saqueo". Pero ¿ qué gente cometió esos excesos, Sr. Alfaro, si la del dictador quedó, según U. acaba de afirmar, aterrorizada y despedazada, á consecuencia del terrible choque ? Por inexpugnables que hubiesen sido las trincheras, si dentro de ellas no quedaron más que los restos aterrorizados y despedazados de un batallón, que era toda la fuerza enemiga, ¿ quién impidió á los patriotas aprovecharse de ese terror y destrozo, como lo hubiese hecho el recluta mas inexperto, y coronar una espléndida victoria ? ¿ Por qué ese ejército de tan valientes y denodados patriotas se mantuvo en los alrededores, presenciando los excesos atroces y el saqueo de la ciudad; cual el Quijote, á las bardas de la venta,

viendo el manteamiento de Sancho ?

Este hecho habla muy alto en contra de la narración de que nos ocupamos, porque de él resulta este dilema ineludible: Si es cierto que por consecuencia del terrible choque quedó aterrorizado y despedazado el enemigo; y así aterrorizado y despedazado conservó la posesión de sus trincheras hasta la noche del siguiente día, se deduce, sin esfuerzo ninguno, que los patriotas sitiadores estuvieron también poseídos del pánico, aterrorizados hasta el punto de no poder desalojar y destruir por completo al enemigo ya impotente. Si por el contrario los sitiadores no pudieron coronar la victoria, á pesar de su valor y esfuerzos, es claro que el enemigo no quedó ni aterrorizado ni despedazado; y por consiguiente, la narración es falsa.

Es verdad que, punzándole al autor del folleto este fenómeno de su relato, y deseando darle algún viso de certeza, lo explica de este modo inexplicable: “Es de notarse, dice, que á causa de la misma impetuosidad del ataque realizado por los patriotas, los defensores de Veintemilla pudieron salvarse: sin la precipitación del ataque del 6,—obra del entusiasmo—no habría escapado uno solo de caer prisionero”. Esta es la *razón de la sinrazón*, que á ninguna razón satisface. *Impetuosidad del ataque, terror y despedazamiento del enemigo, y salvarse todos, en el “Huacho”, sin que se les diera un ardite de estar constantemente hostilizados por las fuerzas triunfantes que ocupaban la isla y el cerro!* es, permítanos el Sr. Alfaro, una conseja propia para divertir á los niños. ¡Y que esto haya sucedido en Esmeraldas, donde bastan 25 hombres armados y municionados, para impedir desde la isla y el cerro el embarque de fuerzas cien veces mayores!

De lo dicho resulta que no hubo triunfo de parte de ninguno de los combatientes del 6 de enero; y que la desocupación de Esmeraldas, que el autor del folleto califica de fuga á favor de la oscuridad de la noche, tuvo otros motivos muy distintos, que pasamos á exponer,

haciendo notar previamente, la circunstancia muy particular, y quizá excepcional en la historia de nuestras guerras, de que, entre las *cien bajas* que tuvo el enemigo en el combate del 6 de enero, no se cita una sola en las clases de Jefes y oficiales, ni el nombre de un solo herido que hubiese quedado imposibilitado para fugar; lo cual prueba: ó que se ha exagerado inconscientemente el resultado de ese combate,—ó que, por causas nada honrosas para las fuerzas de *lo litoral*, se dió tiempo á los restos despedazados de los defensores de Veintemilla, para cargar con sus muertos y heridos.

Dice el Sr. Alfaro que hallándose la gente del dictador constantemente hostilizada por los fuegos de la isla y del cerro, viendo su pérdida irremisible (Qué otra pérdida, Sr. Alfaro! U. acaba de decir que esa gente quedó *aterrorizada y despedazada* ¿quería todavía más?) abandonó por la noche la ciudad y fugó á favor de la oscuridad embarcándose en el "*Huacho*".

La desocupación de Esmeraldas se efectuó por orden expresa del dictador, comunicada á Ulbio Camba con el carácter de urgente, en los días en que se acercaban los patriotas á esa plaza. El dictador había recibido, uno tras otro, partes detallados de los desastres sufridos por sus tropas en San Andres, Chambo y Quero: sabía que el Sr. Gral. Salazar, con estrategia y pericia militares nada comunes, había burlado, con un puñado de valientes, la vigilancia de un ejército de 1,200 hombres veteranos, perfectamente armados y equipados, y se acercaba á unirse con el impertérito Gral. Sarasti; sabía que la segunda expedición del Sur, comandada por el Exmo. Sr. Caamaño, zarparía muy pronto para nuestras costas; sabía que las fuerzas de la dictadura, diseminadas por toda la República, serían batidas en detal y suministrarían á las restauradoras abundantes armas y municiones; sabía, en fin, que conflagrados todos los pueblos, no le quedaba otro terreno que Guayaquil, y resolvió reunir allí esas fuerzas diseminadas, encastillarse como en baluarte intomable, y prolongar, á lo menos por

algun tiempo, su ominosa dominación. Con este objeto, despreciando los amagos de los patriotas, dictó la orden de desocupar la plaza de Esmeraldas, como dispuso también la concentración en Guayaquil de las fuerzas que estaban al mando de Yepes, de las que había en Cuenca y de las de Manabí.

Hagamos una aclaración necesaria. Hemos dicho que las fuerzas del dictador sufrieron un desastre en Chambo, cosa que parece contraria á la verdad, puesto que esas fuerzas fueron las triunfantes. Ciertó: obtuvieron un triunfo físico muy doloroso, permítasenos este calificativo, en ese reñido y sangriento combate; pero la pérdida moral fué el desplome del trono de la dictadura. Las fuerzas de esta constaban de 1,300 hombres al mando de Salvador, Mata y Ortega; de éstos quedaron ciento en Riobamba, y doscientos marcharon, por la vía de Penipe, al mando de Fiallos, para cortar la retirada ó paso de los Restauradores á Pelileo. La fuerza de éstos, consistía en 138 hombres, incluidos veinte y ocho prisioneros tomados en San Andrés, y que desertaron en la primera oportunidad. Del resto sólo entraron en combate 85 contra mil, y pararon los nutridos fuegos de los dictatoriales durante cinco horas, hasta haber agotado su último cartucho. El enemigo tuvo 305 muertos y 96 heridos; de los Restauradores murieron 17, fueron 14 heridos y 12 prisioneros.

Al segundo día del combate entró Salvador á Riobamba con sólo 400 hombres poseidos de terror; y, según la revista que pasó á los seis días después, contaba 144 desertores de los 400 hombres que le quedaron. Júzguese, pues, si fué triunfo ó desastre para los dictatoriales el combate de Chambo.

Los derrotados, esa hermosa pléyade de héroes, no se desalientan ni desorganizan, y convencidos de que su pérdida ha sido un triunfo moral, cuyas consecuencias favorables á la causa de la Restauración no alcanzan aún á prever, ostigan al enemigo, lo burlan

y lo conducen á las quiebras de Quero, para vencerlo y quitarle sus armas, cañones y parque. Si un hecho igual, ó que en algo pudiera asemejársele, hubiese acometido el ejército de *lo litoral* habría faltado papel para las alabanzas y encomios al Sr. Alfaro, á quien hubiesen colocado sus aduladores en el Panteón de Agripa.

Prosigamos. El Sr. Alfaro supo en Panamá el combate del día 6 de enero, y la desocupación de Esmeraldas por la fuerza de la Regeneración, (?) por el parte que llegó á sus manos el 20 del mismo mes.— Sácase en limpio: que el Sr. Alfaro no estuvo en el terrible choque de Esmeraldas, ni corrió el más leve peligro.

Salió de Panamá el 27 del citado mes en el vapor *Arequipa*; en Buenaventura, por una conexión casual de los vapores, encontró con D. Manuel Semblantes que le llevaba dinero. Semblantes y el Dr. A. Cárdenas le dieron noticia de la *ocupación de Quito por la fuerza de la Restauración*.

Estas últimas palabras del Sr. Alfaro comprueban la exactitud de nuestras apreciaciones. Hemos dicho que el autor del folleto levanta hasta la más exagerada hipérbole los hechos más insignificantes del ejército de *lo litoral*, y rebaja á cero las acciones heroicas, las verdaderas hazañas de las fuerzas del interior.—Mucha diferencia hay, Sr. Alfaro, en el lenguaje militar, entre *ocupación y toma por asalto* de una plaza fuerte. La primera se hace aun en tiempo de paz, cuando una fuerza, cualquiera que sea su número, se traslada de un lugar á otro para servir de *guarnición*; y, en tiempo de guerra, cuando el un beligerante desocupa un sitio y lo ocupa el otro, sin *función de armas*; exactamente como U. ocupó con su ejército los pueblos de la provincia de Manabí y el canton de Daule, donde no había, como sabrosamente dice el Sr. Gral. Sarasti, ni la gorra de un soldado. Esto se llama *ocupación*. Las fuerzas de la Restauración tomaron á Quito por asalto, después de

una sangrienta y porfiada batalla que duró trece horas sin interrupción de un minuto. Decimos *batalla* y no combate, porque en los ejércitos beligerantes hubo artillería, infantería y caballería. Los dictatoriales pelearon con un valor y arrojo dignos de mejor causa, y sin embargo nuestros heroes, á pesar de la escasez de parque, consumido casi por completo en tan larga lucha, no se desalentaron ni quedaron en los alrededores de la ciudad; antes bien, redoblando su valor, hicieron esfuerzos sobrehumanos para ganar terreno, estrechar al enemigo y alcanzar, como alcanzaron, la victoria más espléndida, tomando prisionero á todo el ejército vencido con sus generales, jefes y oficiales, su artillería armas y parque. Nadie, pues, que no sea injusto adversario del ejército del interior llamará *ocupación* este asalto y toma de la ciudad de Quito, que la historia imparcial calificará como se merecen.

Hallándose el Sr. Alfaro en Tumaco llegó á descubrir que “su situación era bastante delicada, por la estricta neutralidad que guardaban las autoridades de Colombia; pero *le vino el auxilio de la simpatía personal* de los Colombianos sus correligionarios, y contando con su *patriotismo impetuoso* (es decir, *el amor impetuoso de los colombianos á Colombia su patria*) ningún poder humano habría podido impedir su marcha”—aunque se le opongan Jerjes, Agamenón y Carlo Magno; Napoleón, Nelson y Bismark con sus ejércitos y escuadras. ¿No es así, Sr. Alfaro?

En los primeros días de febrero pisó territorio ecuatoriano; mas no por eso mejoró su situación bastante delicada: los temores de perder la *flotilla libertadora*, y encontrarse con un vapor enemigo; lo poco accesible de las costas; los escapes de la persecución del vapor “*Huacho*”; las borrascas del mar, todo está sentimentalmente descrito en el folleto que nos ocupa. Pero estos trabajos, más grandes que los de Hércules, desaparecieron “cuando vió regresar á Borja en su bote; cuando presenció el entusiasmo de los tripulantes

que hacían esfuerzos para impedir que el bote, ya bastante cargado de agua, se hundiera totalmente; “entonces, dice, me sentí orgulloso, y dí nuevo vigor á mis esperanzas de acabar con la oprobiosa dictadura que una vez más me obligaba á tomar las armas”. Aquí le viene como anillo al dedo, la exclamación de la mosca de Esopo: ¡Qué polvo el que levanto!

Sin embargo, no duró mucho la alegría del triunfo de los botes; volvieron los temores y sustos, porque “las enfurecidas olas amenazaban tragar á los patriotas. Una frágil embarcación se fué á pique poco antes de arribar á la playa. De Rio Verde se divisó un buque de vela sospechoso; el Sr. Alfaro dispuso que se le reconociera y resultó ser el buque que con más armamento conducía *el audaz Comandante Marín*.—Después de tantas aventuras llegó el Sr. Alfaro á Esmeraldas y “organizó en seguida *su* Gabinete, nombrando Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores á D. Manuel Semblantes; de Hacienda á D. Federico Proaño; de Guerra y Marina, á D. Víctor Proaño”. ¡Idea sublime! La organización de su Gabinete, Sr. Alfaro, aunque U. no tuviese todavía organizada militarmente ni una escuadra, cuanto y más un batallón, era la necesidad urgente y premiosísima para llegar á la meta que buscaba; era la medida más sabia para dar al traste con la dictadura. ¿Qué cosa de provecho habría podido hacer U. sin Ministro de Relaciones Exteriores? Y obligado como se hallaba por Veintemilla á tomar una vez más las armas, ¿cómo se las hubiera habido sin Ministro de Guerra y Marina?—Los ilustres caudillos del Norte Centro y Sur de la República, fueron reclutas muy bizoños, cuando no alcanzaron á comprender la altísima importancia de esta idea salvadora. Si cada uno de ellos hubiese organizado *su* Gabinete en Tulcán, Ibarra, Pisque, Patate, Macará, Santa Rosa, &a., la dictadura habría caído en mil pedazos antes de cuatro días; pero lejos de pensar en Gabinetes, los unos dirigían sus proclamas á los pueblos

como simples ciudadanos particulares, quitándose aun los antiguos títulos militares que gloriosamente habían adquirido ; los otros, sin nombrar Ministros para legalizarlos, dirigían á la Nación partes de sus triunfos en los desiguales y gloriosos combates que sostuvieron ; y todos ellos, al estruendo del último cañonazo que dió la victoria en esta capital el memorable DIEZ DE ENERO, pusieron á un lado sus espadas vencedoras, y dijeron á los pueblos : *hemos cumplido nuestro deber de ciudadanos ; elegid con entera libertad el Gobierno que os convenga, y que lleve á cabo la reivindicación de la honra nacional.*

Mas, no es extraño que así hubiesen procedido hombres que, según el decir del Sr. Alfaro, “*no iban sino hacia la restauración, palabra que todo lo explica*” ; pues efectivamente esta palabra quiere decir : *volver al pueblo los derechos que le había quitado un usurpador ; restablecer el imperio de la moral y la justicia ;* mientras que muy diferentes y quizá contrarios fueron los designios del Sr. Alfaro. “Su Gobierno, dice, se guiaba por los principios de una regeneración equitativa”, lo cual equivale á asegurar que se guiaba por los mismos principios de Veintemilla, que llamó *regeneración* á la infame y nunca bien excecrada traición de setiembre, en la que el Sr. Alfaro desempeñó uno de los principales papeles como consejero y aúlico del gran traidor. De consiguiente era natural y lógico que, siguiendo las huellas de éste, se burle como él, de la voluntad popular, se erija en soberano regenerador y organice su gabinete, si bien no estuviese investido por los pueblos de facultad para ello. Además, al Sr. Alfaro se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos, sin que nadie le dijera oxe ni moxe ; por qué no hacerlo !

El viaje del Sr. Alfaro, de Esmeraldas á los pueblos de Manabí, no carece de interés novelesco, por lo dificultoso de la marcha en estación lluviosa ; los embarques y desembarques en diferentes puntos de la

costa ; las listas de los individuos que en cada uno de ellos se le adherían como voluntarios, de los que salían á encontrarlo y de los que le visitaban ; la asombrosa rapidez con que se esparció por la Provincia la nueva de su llegada á Bahía, los nombramientos, renunciaciones y promociones de empleados, &a. &a.

Salió de Bahía con 140 voluntarios ; llegó á Charapotó y recibió un refuerzo de 150 también voluntarios. “El objeto principal de mi movimiento, dice el relato, era aprovechar la desmoralización en que suponía estaba el enemigo, para *evitar* se retirara á Daulé, reducirlo á sus posiciones y rendirlo, ó tenerlo cerca para batirlo  en cuanto recibiera aviso de la presencia del “Huacho” que con tropas esperaba el enemigo”. Pésele al que le pesare, esto se llama ser militar de encumbrada gerarquía, y llevar la previsión estratégica hasta donde no han alcanzado los más insignes capitanes. ¡ Expiar el momento en que el enemigo se haga fuerte, *para batirlo !!!* Para vencer al enemigo ; esperar lo que el enemigo esperaba para no ser vencido !!! Justamente el Sr. Alfaro se ha exhibido por sí, y ha hecho que sus aduladores lo exhiban como maestro y legislador en el arte de guerrear. ¡ Lo merece por mil títulos !

“Pero sucedió, dice la narración, que al mismo tiempo que yo pernoctaba en Charapotó, el enemigo verificaba su retirada de Rocafuerte. Esa retirada se volvió dispersión. La fuerza poderosa de la opinión pública derrotaba al enemigo sin combate. Mi aspiración en esa parte estaba satisfecha : el objeto de mis combinaciones no era otro que *tomar* á Manabí sin derramamiento de sangre. El Gral. Ampuero con los soldados de la dictadura que comandaba, llegó hasta la hacienda “La Custodia”, y allí sin tener esperanza alguna de salvación, se acogió á la generosidad del vencedor. Sólo impuse la condición de que se me entregara el armamento”.

Por el contexto del párrafo, que antecede se ve

que el *único* vencedor sin combate sobre los *soldados dispersos* de la dictadura, fué la *fuerza poderosa de la opinión pública*; y á la generosidad de ésta es á la que debía haberse acogido el enemigo disperso, que no á la del Sr. Alfaro que pernoctaba en Charapotó, mientras ese enemigo se retiraba y dispersaba. Sin embargo dase por vencedor, y vencedor generoso; vencedor sin combate ni derramamiento de sangre. Sin duda no tuvo presente el Sr. Alfaro que para que haya vencedor y vencido, *derrotador* y derrotado, es necesario que preceda una batalla, ó un combate, ó una lucha, ó un litigio. ¿Qué hubo en Rocafuerte? ¿Qué en el trayecto de Rocafuerte á la hacienda "La Custodia"? ¿Se disparó un tiro, siquiera sea de pistola? Por lo menos ¿se avistaron los ejércitos á larga distancia? Nada de esto. Y con no haber nada, se llama *vencedor*, en el lenguaje de cierta escuela, al que por la fuerza de las circunstancias, ocupó un campo que no fué disputado ni defendido.

Pero dice el Sr. Alfaro que "su aspiración estaba satisfecha; que el objeto de sus combinaciones no era otro que tomar á Manabí sin derramamiento de sangre". Cuales fueron estas combinaciones tan acertadas que lo dejaron satisfecho, veámoslo:

De Esmeraldas "comenzó por despachar la columna Seis de abril, que mandaba su hermano José Luis". Adónde la despachó no lo sabemos; pero el viaje se emprendió en ocho botes, y el Cnel. Centeno partió como Jefe de la vanguardia.

El 24 de febrero salió el Sr. Alfaro, siguiendo el rumbo de la vanguardia, con el personal que pudo acomodarse en diez botes, y el Cnel. Pallares marchó por tierra al frente de la columna *Colombia*.

Apénas llegó al esterón de Daule hizo regresar las embarcaciones, para que continuaran sirviendo de transportes.

De la orilla del Daule fué por tierra á Pedernales: era en la estación lluviosa.

En Pedernales encontró á algunos de sus amigos. Se embarcó en el “Lamar” con una parte de su Estado mayor y desembarcó en Cabo Pasado.

Centeno, después de una penosísima marcha por tierra llegó con sus fuerzas al puerto de Canoa.

Conferenció con Centeno, y una vez que supo que la guarnición dictatorial de Bahía constaba de 50 hombres, le dió orden de avanzar al frente de la compañía de voluntarios de Pedernales, para apoderarse de las embarcaciones que hubiera á la orilla del rio.

El “Lamar”, al mando del Cnel. Vargas Torres fué despachado á Bahía para que amagara por la entrada del puerto.

Esa misma noche emprendió viaje con algunos de su comitiva y *tomó* en el pueblo de Canoa al “*Seis de abril*”.

En el camino tuvo aviso de que Centeno había ocupado á Bahía sin resistencia. El enemigo se había retirado.

En Bahía expidió un decreto en el cual ofrecía amnistía plena por delitos políticos en favor de los dictatoriales que depusieran las armas.

Finalmente salió de Bahía, como ya se ha relacionado ; y la más admirable de las combinaciones fué la de esperar que el enemigo se reforzara con las tropas que debían llegarle en el “*Huacho*”, para batirlo y destrozarlo.

Como parte de la narración, inserta el Sr. Alfaro la correspondencia entre él y los Sres. Sarasti y Barona, y el boletín N^o 11 que se publicó en Quito el 30 de Mayo. Luego refiere que llegó á Montecristi el 17 de ese mes y estableció allí su Cuartel general; por ser esta población más inmediata á Manta ; pone una lista de los amigos que se le unieron en ese lugar, y en tono de alegato de méritos ante sus correligionarios, se expresa así: “En muchas de las actas populares se me otorgó el título de General. También recibí del Pentavirato de Quito el despacho de ese alto grado. Este despacho lo

miré con la más absoluta indiferencia”.

Con lo que precede demuestra el Sr. Alfaro la inmensa deferencia de tendencias, aspiraciones y sentimientos que había entre el Gobierno creado por los pueblos y el de *lo litoral*. El primero, noble y generoso, buscaba, por todos los medios posibles, la unión de los ecuatorianos, cualesquiera que fuesen sus principios políticos; trabajaba por demoler esas barreras de opiniones encontradas que impedían á los defensores de la libertad reunirse en torno de una sola bandera; deseaba que la guerra á la dictadura sea de todos los partidos en compacta masa, y no en agrupaciones heterogéneas, tirando cada una por el camino de sus intereses particulares. El segundo, encerrado en su egoísmo, pretendía ganarse solo los laureles de la guerra; intransigente y vanidoso, pensaba que tenía bastante fuerza para derrocar al usurpador y volver sus armas victoriosas contra el Gobierno que, no por flaqueza, sino por ahorrar sacrificios, buscaba su alianza. El uno, veía hermanos en todos los que habían tomado las armas en defensa de la honra de la Patria; el otro veía rivales que le incomodaban. He aquí el móvil que influyó en el ánimo de los Sres. del Gobierno Provisional para expedir ese despacho; y he aquí también por qué el Sr. Alfaro *lo miró con la más absoluta indiferencia*, apoyado, además, en sus amigos de Quito, que todo lo veían de color de rosa, y le alucinaban con la perspectiva de la Jefatura Suprema de toda la República, asegurándole que el *Pentavirato*, tan odiado y combatido por ellos, se hallaba al desplomarse por su *total desprestigio*, por la falta de recursos, y porque los pueblos en masa le eran adversos. Con tales antecedentes y noticias *tan fidedignas* y halagüeñas para el Sr. Alfaro, era muy natural que viese con indiferencia un alto honor que le confería el supuesto rival, cuya caída le parecía próxima y segura.

Viene en seguida una Perogrullada, que se ha escrito en forma de explicación, para añadir peso á la historietta. Dice: “La perspectiva era ésta: si hubiera po-

dido (el Sr. Alfaro) emprender operación por mar, para lo cual era indispensable un vapor convenientemente armado, la guerra habría terminado en poco tiempo; mientras que maniobrando exclusivamente por tierra, la prolongación era probable". Refiere también que "se ocupaba en activar la organización de las tropas, y que para darle mayor seguridad á una entrevista con el General Sarasti, *tenía resuelta* la ocupación de Daule, que había sido recuperado por las fuerzas dictatoriales; que el regreso del Gral. Sarasti al interior, y la noticia de que Babahoyo había sido ocupado por tropas de Veintemilla, lo decidieron á llevar la guerra *de una vez y sin más demora* á la Provincia del Guayas". El resultado de todo fué que el Cnel. Avellán entró á Daule sin novedad, porque no hubo en esa plaza enemigo con quién combatir, y que la noticia de Babahoyo salió falsa. Igualmente resulta que el Sr. Alfaro no se acordaba para nada del ejército del interior, el cual, en la fecha en que el Jefe de *lo litoral* pensaba en proporcionarse un vapor y en organizar sus tropas, se hallaba ya perfectamente organizado, y disciplinado, y provocando con su presencia á los soldados de la dictadura. El Sr. Alfaro se creía solo; para él los *voluntarios* que le acompañaban eran los únicos patriotas que se habían levantado para lavar la afrenta de la Nación; su espada era el rayo vengador que caería sobre la cabeza de los dictatoriales; sin él y sus voluntarios, Veintemilla quedaría tan seguro en su trono de infamia, como sobre roca de granito. Esto se deduce de la narración del Sr. Alfaro, ya que entre sus planes, sus resoluciones, sus esperanzas, no pone en cuenta que las siete octavas partes de la República, que obedecían al Gobierno Provisional que ellas mismas se dieron, estaban con el arma al brazo, ávidas de escarmantar al traidor de setiembre.

El 15 de abril llegó á Daule el Sr. Alfaro; allí encontró al Cnel. Avellán y á sus *denodados* compañeros". Así va todo! *¡Denuedo!* entrar á una población inerme, donde no había sombra ni rastro de enemigo!!!

¿Por qué se limitó á este calificativo, y no dijo que la entrada á Daule fué la más espléndida victoria? ¿Por qué calló la circunstancia de que habiéndose adherido este canton, espontáneamente, al Gobierno Provisional, fué el Cnel. Avellán á violentar la voluntad popular, y obligarla por la fuerza de las armas á que se pronuncie por el de *lo litoral*?

Allí se le presentaron igualmente otros *denodados* compañeros y un *denodado* grupo de voluntarios de Palenque.

“Tres Gobiernos había, á la sazón, en el Ecuador”, dice inmediatamente: “el del Pentavirato, organizado en Quito, compuesto principalmente de conservadores; el liberal que *YO* representaba, y el de la dictadura. El primero no iba sino á la *restauración*, palabra que todo lo explica; el *mío* se guiaba por los principios de una regeneración equitativa en su desarrollo y generosa en sus medios, y por el firme deseo de levantar el país, darle vigor y transformarlo en el sentido que indican las amplias ideas del liberalismo”.

Ese Gobierno compuesto principalmente de conservadores, que no iba sino á la restauración, cumplió su deber, respetando la voluntad nacional que no quería otra cosa que la reivindicación de los principios de orden y de justicia. Ese Gobierno fué unánimemente elegido por el pueblo, en comicios libres, sin coacción, violencia ni mediación oficial de ninguna clase. En esta elección no tuvo parte la fuerza armada como agente de Gobierno, porque no había gobernantes ni Jefes Supremos; no hubo amenazas ni violencias, como en algunas poblaciones de la costa. Gran parte de los electores fueron los mismos ciudadanos que acababan de coronarse de gloria, como denodados defensores de la libertad, en la batalla del DIEZ DE ENERO; fueron los artesanos y agricultores que habían dejado el hacha y el arado, para empuñar el rifle contra sus opresores; fueron los propietarios respetables que contribuyeron con sumas de dinero para derrocar la dic-

tadura ; fueron los honrados comerciantes, los letrados y hombres de bien que querían para su patria un gobierno que fuese intérprete fiel de sus sentimientos, y cuyo programa tuviese por base : LA LIBERTAD EN EL ORDEN ; esa libertad que no pasa los límites de la justicia, que concede derechos y exige deberes á los ciudadanos. Este Gobierno, expresión libre de la voluntad popular, fué aclamado por las demás provincias de la República, excepto las más pequeñas de Esmeraldas y Manabí, y la parte de la del Guayas que se hallaba ocupada por las tropas dictatoriales. Si estaba compuesto principalmente de conservadores, lo que únicamente se deduce es, que la inmensa mayoría de la Nación pertenece á este partido ; puesto que de su libre y espontánea voluntad eligió conservadores conspicuos para que lo compusieran ; y es muy notable que los defensores de las libertades públicas, los que hacen alarde de respetar el derecho sagrado del sufragio popular, escupan al pueblo porque usó de ese derecho sagrado.

El segundo Gobierno era el del Sr. Alfaro, que quería transformar el país en el sentido que indican *las amplias ideas del liberalismo que busca el órden y que jamás lo encuentra*, debió añadirse. Basta !

Vamos adelante. “En Daule, dice, adquirí la certidumbre de que el General Barona, engañado y mal aconsejado, era hostil al Gral. Sarasti y á mí”.

No sabemos qué pruebas haya tenido el Sr. Alfaro para *adquirir* la certidumbre de la hostilidad del Gral. Barona ; y suponemos que la tal certidumbre quedaría desvanecida, como se desvaneció la noticia de que el mismo Gral. Barona había abandonado á Bahoyo, por los estragos que estaba haciendo en la guarnición de esa plaza la fiebre amarilla”.

“Con este motivo, continúa, le dirigí una comunicación en términos bastante severos. Entre tanto de Quito se me noticiaban los planes tenebrosos de los que durante su vida han sido consumidores de los pre-

do, se desfigura la verdad con tan cínico descaro, ¿qué crédito merecerá la narración en los hechos que están sujetos á la sola palabra del narrador?

Habla la historieta. “Por otra parte, destruir el poder de Veintemilla era deber imperioso impuesto por la honra nacional. Cierto es que entre los secuaces de la política tradicional del país, muchos decían sin ambages: “primero Veintemilla que Montalvo”; ó lo que es igual: “primero el crimen y la ignorancia que el patriotismo y la ilustración”.

No ponemos en duda la palabra del Sr. Alfaro, en esta parte. Personas que conocen á fondo la historia del radicalismo, no por sus fascinadoras y mentirosas teorías, sino por su funesta y destructora práctica, habrán proferido las palabras que se han copiado, considerándose en el caso de la viejecita de Siracusa de pedir á los dioses por la vida de Dionisio. No es extraño, pues, que, en la necesidad imprescindible de elegir entre dos males se prefiera el menor, ya que no hay medio de evitar ambos.

¿Qué ofrece el *radicalismo* en sus pomposos programas, para subir al poder? El cumplimiento de sus halagüeñas teorías: *libertad y garantías individuales; inviolabilidad de la vida; veneración al voto popular; respeto á la propiedad, y á la conciencia individual, &c. &c.* ¿Cómo cumple sus promesas cuando se halla en el poder? Recorra U., Sr. Alfaro, la historia del antiguo y nuevo mundo, particularmente la de estos últimos años, y afirmará la convicción íntima que debe tener de que las bellas teorías, las halagüeñas *promesas radicales* están tan lejos de la practica como la vía lactea lo está de la tierra. Millares de ejemplos de esta verdad, funesta para los pueblos que se han dejado alucinar de las *amplias ideas* del radicalismo, podríamos citar aquí con documentos irrecusables; pero semejante tarea exigiría mucho tiempo y grandes volúmenes. Nos concretaremos, por consiguiente, á un hecho actual, evidente y que pertenece á la historia de

“*La Regeneración y la Restauración*”.

Helo aquí :

YO Eloy Alfaro, Encargado del mando Supremo de las provincias de Manabí y Esmeraldas.

CONSIDERANDO :

1º Que sin otro objeto que el de venganzas personales varios individuos, bajo el manto de revolución dictatorial han aprehendido en Manabí, no sólo á algunas autoridades y empleados públicos, sino también á muchas personas particulares, para atormentarlas y asesinarlas en la prisión en que las habían puesto; comprometiendo con tales crímenes la causa de la República y la libertad que toda la Nación está sosteniendo contra el Dictador :

2º Que en tiempos de guerra y de revolución, los procedimientos dilatados son contrarios á los propósitos y á los fines:

3º Que están autorizados por las leyes de la guerra y practicados por todas las naciones civilizadas, los juzgamientos sumarios y militares en caso semejante :

4º Que es principio admitido por todas las naciones civilizadas, el que la guerra viva de la guerra :

5º Que para preparar el imperio de la razón, de la justicia, de la ley, y el respeto á los derechos humanos y civiles por el doloroso medio de las armas, es menester la energía y resolución que requieren los casos dificultosos;

DECRETO :

1º Que los sindicados de los mencionados crímenes en Manabí, serán juzgados sumaria y verbalmente, sin apelación, por un tribunal compuesto de tres militares desde el grado de Teniente para arriba presidido por un militar designado por el Jefe de Operaciones, y autorizado por un secretario nombrado por el mismo Tribunal.

2º Que en este juicio intervenga el agente fiscal

de la Provincia, y á falta de éste por un promotor nombrado por el Jefe de Operaciones : en caso que el sindicado no nombrase su defensor, lo hará también el Jefe de Operaciones.

3º Que el juicio, desde su iniciación hasta la sentencia inclusive, sea verbal ; y la sentencia firmada por los tres vocales y autorizada por el presidente y el secretario.

4º Que la sentencia la mande ejecutar el Jefe militar de la plaza.

5º Que á los autores, ejecutores y cómplices de los asesinatos alevosos en las prisiones, se les aplique la pena capital, que es la señalada por el código penal común.

6º Que los bienes de todos estos criminales, se les confisque para mientras dure la guerra y para emplearlos en sostener la guerra.

El Jefe Civil y Militar de la Provincia y el Jefe de Operaciones, quedan encargados de la ejecución del presente decreto.—Dado y firmado en el cuartel general de Mapasingue, á 2 de julio de 1883. — Firmado. — ELOY ALFARO.—Por el de la Guerra y Marina, El Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores, Manuel Semblantes.—Por el de Guerra y Marina, El Subsecretario de lo Interior y Relaciones Exteriores. Anjel M. Borja.—Jefatura Civil y Militar de la Provincia, Montecristi, á 7 de julio de 1883.—Publíquese por bando y comuníquese á quienes corresponda.—M. Gustavo Rodríguez.—El Secretario.—Antonio Segovia.

FRANCISCO HIPOLITO MONCAYO.

Coronel de ejército y Jefe de Operaciones en esta Provincia.

Por cuanto he sido nombrado por el Ciudadano Encargado del Mando Supremo, Jefe de Operaciones sobre esta Provincia, con facultades extraordinarias para restablecer la tranquilidad alterada por los rebeldes y asesinos.

DECRETO :

1º Desde esta fecha asumo el mando sobre toda la provincia de Manabí, con todas las facultades que se me han concedido.

2º Procédase inmediatamente al juzgamiento, en Consejo de guerra verbal, y de conformidad con los decretos expedidos por el Jefe Supremo, de fechas 2 y 3 del presente, contra todos los autores, cómplices ó auxiliadores del motín ó asonada, que tuvo lugar desde el 27 hasta el 30 del pasado, en los cantones de Montecristi y Portoviejo.

3º Hasta que se restablezca absolutamente la tranquilidad de la provincia, se la declara en estado de sitio; y se previene el más escrupuloso servicio en campaña, de los cuerpos que se hallan acuartelados.

Los Jefes Civiles y Militares quedan encargados de la ejecución y cumplimiento de este decreto.—PUBLÍQUESE por bando.—Dado en Montecristi, á 9 julio de 1883.—El Coronel Jefe de Operaciones.—FRANCISCO HIPÓLITO MONCAYO.—El Coronel Secretario.—*Camilo Andrade*.—Jefatura Civil y Militar de la Provincia.—Montecristi, 9 de julio de 1883.—PUBLÍQUESE por bando y comuníquese á quienes corresponda.—M. GUSTAVO RODRIGUEZ.—El Secretario.—*Antonio Segovia*".

Jefatura de Operaciones de la provincia de Manabí.—Montecristi, julio 18 de 1883.—Por cuanto los reos de traición y rebelión, Capitán Victoriano Morán, sargento 1º Luis Toro y soldado José Terán han sido condenados á muerte por el Consejo de guerra reunido el 18 del presente; y,

CONSIDERANDO :

1º Que los mencionados no son los principales autores de la rebelión del día 27 de junio próximo pasado:

2º Que no se hallaron presentes al infame y salvaje asesinato cometido el 29 del expresado mes en el

y que su único móvil para proceder como lo expresa el folleto, haya sido vengar la afrenta de un compañero y amigo ; porque esto no probaría otra cosa que la lealtad puesta á prueba de sacrificio.

Lo que antecede debe entenderse con la reserva de que sea cierto lo que refiere el Sr. Alfaro, sin que asintamos ciegamente á su relato.

Por otra parte : olvidó el Sr. Alfaro que el mismo salvaje autor del crimen que deplora, cometió en Quito crímenes igualmente monstruosos, y arrancó de los bancos de Colegio á más de 30 jóvenes ilustres, para sepultarlos en la Penitenciaría, con orden expresa á sus esbirros de que los martirizaran de todos modos. En ese lugar, destinado para los criminales, estuvo esa noble porción de la sociedad quiteña sujeta á los más crueles tratamientos de brutales soldados encargados de enseñarle, con rudos golpes, el manejo de las armas y el toque de la corneta. Todos, ó al menos la mayor parte de estos jóvenes se alistaron en el ejército restaurador, para reivindicar los fueros de la civilización, pisoteada por el monstruo de setiembre ; y hasta hoy, ninguna de esas víctimas de la brutal ignorancia, ha hecho alarde de haber tomado las armas *sólamete* por vengar las injurias personales que recibieron ; ni tampoco se ha dicho que, sin ese atentado contra la juventud quiteña, **quizas** no hubiera habido Restauración ; pues, por el contrario, todos, unánimemente, no han visto más que los ultrajes inferidos á la moral pública, á la justicia, á la civilización ; y, ardiendo con el fuego de amor patrio, no han tenido otro fin que lavar la afrenta de la República que se hallaba, en cierto modo, fuera del rol de las naciones cultas.

Agreguemos dos palabras.—Si el cambio de los vapores fué debido exclusivamente á influencias liberales, como se asegura en el folleto ; si los que acometieron la empresa de quitárselos al dictador fueron también liberales, ¿ por qué no se pasaron á engrosar las fuerzas liberales cuyo Jefe era U., Sr. Alfaro ? ¿ Por qué en

vez de tomar la vía de Babahoyo, para ponerse á disposición del Pentavirato, no tomaron la de Daule que U. ocupaba con sus tropas ? Y aunque U. lo dijera, Sr. Alfaro ; nadie que tenga sentido común podrá creer que las influencias liberales de que nos habla, hayan sido para engrosar un ejército que tantos celos y cuidados daba á U., al cual lo consideraba como á su enemigo, y que de muy buena gana lo hubiese destrozado con su *poderoso brazo*, si hubiera estado en su mano destrozarlo y reducirlo á cenizas, apesar de la consideración de que se disminuirían las fuerzas acumuladas contra la dictadura.

¿Se quiere una prueba? Allá va.

El Gobierno Provisional, erogando una fuerte suma de dinero, negoció por medio de un entusiasta y distinguido patriota, 2,400 rifles del sistema Peabody, y cien mil cartuchos, en los Estados Unidos de América; pero como no era posible conducir directamente ese armamento de Panamá á la capital de la República, sin la seguridad de que cayera en poder del dictador, dispuso que el Sr. Cnel. Albuja fuese al Pailón á recibirlo y lo trajese por la montaña, á espaldas de peones, hasta la provincia de Imbabura. Se dictaron todas las providencias conducentes al efecto, y el Cnel. Albuja con algunos peones, partió á cumplir la comisión que se le había encomendado ; pero cuando llegó á territorio perteneciente á los dominios que habían sido demarcados por el Gobierno de *lo litoral*, fué vejado y preso por las tropas del que, hasta entonces, se creía aliado de buena fe para hacer la guerra á la dictadura. Frustróse, pues, la adquisición de ese armamento tan deseado para abreviar el término de la guerra y sus males consiguientes ; pero se frustró no por falta de recursos ; no por inconvenientes ni obstáculos que opusieran las fuerzas del dictador, sino por la solapada guerra que hacía el Sr. Alfaro al Gobierno Provisional, más bien como aliado de Veintemilla, que como, su enemigo. He aquí como explica este hecho de

hostilidad abierta contra el Gobierno Provisional en el mencionado folleto:

“Por ese tiempo, dice, se presentó á mi campamento (Mapasingue) el Capitán Chiriboga, uno de los hacendados más patriotas de Esmeraldas, conduciendo preso al Cnel. Albuja, enviado por la autoridad de la invicta ciudad. El Jefe civil y militar D. Antonio E. Macay tuvo noticia de que el territorio de su mando había sido ~~ya~~ invadido por algunos centenares de soldados del Pentavirato; y reuniendo sin demora la gente que pudo, marchó á batir al invasor. En San Lorenzo lo encontró y capturó. ~~ya~~ FELIZMENTE ERAN POCOS al mando del Cnel. Albuja, quien manifestó que su Gobierno lo había mandado para conducir un armamento que esperaba encontrar en el Pailón. Cediendo á un sentimiento de deferencia personal puse en libertad al Cnel. Albuja”.

No queremos hacer comentario ninguno á la explícita confesión que precede. Por sí misma habla más elocuentemente que cuanto pudiera decirse en todo un libro, para demostrar lo que era, y á lo que aspiraba el Gobierno de *lo litoral*, en la malhadada alianza contra la Dictadura. Pero sí, diremos que es admirable cómo el Sr. Alfaro no enumera entre los espléndidos triunfos de sus denodadas huestes el *encuentro y captura* del Cnel. Albuja en San Lorenzo.—*¡Felizmente eran pocos !!!*

El Sr. Alfaro, refiriendo lo ocurrido en la primera conferencia que tuvo con el Gral. Sarasti, dice que se manifestaron mutuamente el número de fuerzas con que contaba cada uno, y agrega: “Sucedíale al Gral. Sarasti lo que á mí: por falta de armas no había podido aumentar su ejército”. Y sin embargo del conocimiento de esta necesidad de armas, impedía el Sr. Alfaro por cuantos medios se hallaban á su alcance, la introducción de 2,400 rifles Peabody, para aumentar el ejército del Interior; y lo impedía, porque estaba fascinado con la perspectiva de una revolución á su favor en Guaya-



quil, y que, ocupando el lugar de Veintemilla, se vería forzado el Gobierno Provisional á rendirle homenaje, y desaparecer de la escena política, como fugaz sombra que desaparece á los rayos del sol. Creía que toda la Nación batiría palmas y, echando por tierra su obra de tantos y tan costosos sacrificios, se adheriría al Gobierno de las dos provincias. Creía que con sólo el hecho de esa revolución quedarían cambiados hombres y sentimientos; que el valor de los hijos de la sierra se convertiría en pusilanimidad; que sus heroicos caudillos tomarían las de Villadiego, y dueño absoluto de la suerte de la República, la encaminaría en el sentido de las amplias ideas del liberalismo.

Por esta creencia firmísima que el Sr. Alfaro abrigaba, una de las condiciones impuestas al Gral. Sarasti fué ésta: “ *Una vez tomado Guayaquil, dejaremos al pueblo en completa libertad para que resuelva lo que juzgue conveniente. Si decide adherirse al Gobierno de Quito ó al que YO presido, ó si opta por un Gobierno propio* ”; y es por esa misma creencia que, cuando sonaban todavía los últimos disparos el 9 de julio en Guayaquil, y entró el Sr. Alfaro, la combinación que supuso más certera y de provechosos resultados, fué la *elocuente* proclama dirigida á ese pueblo, en momentos en que se recogían los muertos tendidos en las calles, y cuando todos los Jefes del ejército del interior se ocupaban, de preferencia, y con el más solícito cuidado, en favorecer á los heridos de todos tres ejércitos.

Dice U., Sr. Alfaro, que, antes de dejar á Daule supo que había fracasado el proyecto que tenían el Cnel. Darío Montenegro y el malogrado Comandante Luzcando, de incorporársele con varios batallones del ejército de Veintemilla”.

En otra parte hablamos de esto; pero aquí daremos la explicación del tal fracaso. Los amigos de U. le escribieron de Guayaquil, llamándolo con instancias, indicándole que se proyectaba una revolución, y que se acercara U. lo más que le fuera posible con su ejér-

cito, para favorecerla y afianzarla. Le aseguraban además, que aquella revolución iba á efectuarse con el apoyo de una parte de la fuerza dictatorial que para el caso se hallaba comprometida. Efectivamente hubo ese proyecto: varios patriotas contribuyeron con sumas de dinero para ganar los cuarteles. Los amigos de U. pretendieron que dicha revolución se hiciera en el sentido de adherirse con las fuerzas comprometidas, al Gobierno de Manabí y Esmeraldas; pero los contribuyentes del dinero no aceptaron esa pretensión; ellos querían que se proclamen las fuerzas por el Gobierno de Quito. Por consiguiente, no hubo acuerdo; recogieron los patriotas las cantidades que habían erogado, y todo quedó en nada.—El ataque que U. preparaba para el 3 de mayo estaba, sin duda alguna, de acuerdo con la fecha que se le había indicado de Guayaquil.

Sigue la narración de hechos inauditos y gloriosos para el Sr. Alfaro, tales como: la incorporación de una decena de sujetos de diversos puntos de la República con una *partida de voluntarios*; la impresión que produjo en el Interior la aproximación del Sr. Alfaro á Guayaquil (*¡Atila á las puertas de Roma!*) dando á entender que el Gobierno provisional se creyó perdido por esa aproximación, cuyas causas se han expuesto ya. Luego viene la conferencia del Sr. Alfaro con el Gral. Sarasti; y aquí de lo ridículo y estrafalario que no merece más comentario que la risa. “La entrevista es de lo más cordial y sencillo; se hallan los dos solos, y el Sr. Alfaro le impone condiciones al Sr. Gral. Sarasti, quien las acepta con entusiasmo, y propone, á su vez, al Sr. Alfaro  que tome el mando del ejército unido. El gran caudillo rehusa el ofrecimiento, y en el curso de la conversación expresó lo impolítico que le parecía el concurso del Gral. Salazar, aduciendo, entre otras razones, la de que la presencia de Salazar en Mapasingue iba á robustecer la depravada causa de Veintemilla”. El Gral. Sarasti, cual súbdito ante su *Soberano*, ó prisionero ante su podero-

so vencedor, interviene humildemente en favor del General Salazar. El *Soberano* no atiende las súplicas del *súbdito*, varía de discusión, y pronuncia el *ultimatum* de que, “para evitar dificultades sólo se entendería con el Gral. Sarasti”.

De esto, y de lo que dice en la página 33 : “*háblome el Gral. Sarasti para que admitiéramos en nuestras conferencias al Gral. Salazar. Opinaba que sus conocimientos podían sernos muy útiles. Accedí á ello*”—pensábamos hacer una parodia; pero lo que llevamos copiado ¿no es una verdadera y bien pergeñada parodia del carácter vanidoso y excepcional del Sr. Alfaro? ¿No es el refinado amor propio, el egoísmo, y la vanidad llevados hasta la ridiculez?

Si la narración que nos ocupa tuviera algo de imparcial y serio se creería, por la parte que dejamos copiada, que el Gral. Salazar ocupaba en el ejército del Interior el puesto de un agregado, sin voz ni voto en los consejos de los Jefes; y que el Gral. Sarasti le alcanzó el honor de ser admitido á ellos; porque opinaba que sus conocimientos podían ser útiles”. Ahora veamos lo que dice el buen sentido.

De las catorce provincias que componían la República en la época de la guerra contra la dictadura, once de ellas y la gran parte de la del Guayas, que no estaba ocupada por las tropas de Veintemilla, obedecían al Gobierno Provisional; y lo obedecían no por la presión de la fuerza, sino porque libre y espontáneamente se adhirieron al acta del plebiscito de 12 de enero de 1883 reunido en la capital. Este Gobierno, con pleno conocimiento de la pericia y de las dotes militares del Gral. Salazar, probadas en combates gloriosos, lo nombró Director de la guerra en su ejército; ¿y qué derecho tenía el Jefe de las provincias de Esmeraldas y Manabí para pretender que el Gral. Salazar, caudillo de la gloriosa expedición del Sur, se retirase de su puesto envainando su espada vencedora? El que la había esgrimido desde Loja hasta Quito, recibiendo los

entusiastas aplausos de las extensas poblaciones que atravesó, hasta dar, con los Generales Sarasti, Landázuri y Lizaraburu, la inmortal batalla del DIEZ DE ENERO que desplomó el solio de la dictadura, ¿había de abandonar la santa causa por la que había hecho tantos sacrificios, y separarse del ejército que había conducido con inimitable acierto? ¿Con qué derecho, sino con el de la pasión de bandería, y de la intolerancia de un liberalismo exclusivista, pretendía el Sr. Alfaro atar las manos á un eminente soldado, cuya reputación militar es altamente reconocida, dentro y fuera de la República, por hombres entendidos en el arte?

En cuanto á la admisión del Sr. Gral. Salazar á las conferencias con el Sr. Alfaro en Mapasingue, debe observarse que dicho Gral. no tenía por qué, ni para qué conferenciar con el Jefe de las dos provincias tantas veces mencionadas. Su deber era dirigir las operaciones de nuestro ejército, sin que le importe nada todo lo que hiciera por su parte el de *lo litoral*; y si asistió á esas conferencias fué únicamente por complacer al Gral. Sarasti; pues muy bien sabía que, en caso de necesitar de consejos y luces para el buen éxito de la guerra, no había de ir á buscarlos en el Sr. Alfaro, sino en hombres competentes; puesto que anduviera muy errado quien fuese á conferenciar con un mercader sobre el plan de una batalla, ó con un boticario sobre ciencia constitucional.

Copia el Sr. Alfaro el oficio que dirigió el Sr. Gral. Sarasti al Gobierno Provisional, fechado en Samborombón el 18 de mayo de 1883, participando la movilización de las fuerzas, su arribo á Mapasingue y la cordialidad con que él y su comitiva fueron recibidos en el campamento del Sr. Alfaro. Por las recomendaciones benévolas y los términos corteses que el Sr. Gral. Sarasti emplea en aquel oficio, á favor del ejército de Manabí y Esmeraldas, dice el Sr. Alfaro que “la publicación de esta nota ahogó las esperanzas de los secuaces

de la dictadura en el Interior, quienes aspiraban á provocar un choque entre sus fuerzas y las del Pentavirato. “Sin el temor, agrega, de que tales esperanzas se cumplieran, los restauradores se habían guardado mucho de reproducir la citada nota, como *lo hicieron* en el número 21 de “*El Nacional*” correspondiente al 2 de junio”.

¿Qué deduce el buen sentido como consecuencia recta de la nota del Gral. Sarasti? Que era un paso de política muy bien meditado, que honra al que lo dió, porque demuestra que su inteligencia no es vulgar. El dictador engañaba á sus sostenedores con la esperanza de que muy pronto se romperían las hostilidades entre los ejércitos aliados contra él; mandaba que se hagan publicaciones por la prensa en este sentido; las cartas de sus amigos que fomentaban esa esperanza las ponía de manifiesto á nacionales y extranjeros, con lo cual cimentaba el apego á su persona. ¿No era, pues, racional y preciso que se publiquen documentos oficiales que desvanezcan esa esperanza? Aun en el caso de que el Sr. Gral. Sarasti hubiese encontrado en el campamento del Sr. Alfaro desmoralización y desorden completos, flaqueza y cobardía, la prudencia aconsejaba que diga lo contrario, para fortalecer á los suyos, y desalentar á los enemigos, con esa perspectiva halagüeña para los unos y funesta para los otros.—Por lo demás, no entendemos la algarabía de *temor, cumplimiento de esperanzas, guardarse de reproducir como se guardaron en el Núm. 21 de “El Nacional”*, con que se finaliza el párrafo.

Siguen las combinaciones y proezas en Mapasingue.

“Desde que llegué á Mapasingue, dice la historietta, me llamaron mucho la atención las alturas situadas frente al puente del Salado. En uno de los reconocimientos llamé á mi lado al Gral. Sarasti y le hice notar ese punto que dominaba gran parte de la línea de defensa enemiga. A la simple vista se notaba la importancia de tal posición”; y más adelante añade: “Repetí lo

prenda el asunto.

Así se verificó, y se vió que la Legua está al alcance de la artillería de montaña colocada en dicho cerro. Se guardó silencio sobre esto hasta que en 1883, emprendiendo en la toma de Guayaquil, y hallándose en Riobamba en la casa del Sr. Gallegos los Grales. Salazar y Sarasti, mucho antes de que éste se viera con el Sr. Alfaro, hablaron sobre el plan general de la campaña; y el Gral. Salazar refirió sucintamente al Gral. Sarasti la ocurrencia que se acaba de relatar, recomendándole la necesidad de ocupar dicho cerro y construir en él una batería. El Gral. Sarasti que también hizo la campaña de 1860, y entró á Guayaquil por el Salado, comprendió al instante la importancia de tal operación, y convinieron, desde entonces, en llevarla á cabo.

Siguiendo el Sr. Alfaro su sistema de empequeñecer todos los hechos laudables de los caudillos del ejército del Gobierno Provisional, dice con estudiada malicia: "que en la primera visita que le hizo el Gral. Sarasti en su campamento, le entregó este Gral. para que la leyera una carta del Sr. Caamaño que acababa de recibir, en la cual le anunciaba que sin embargo de haber recibido su orden ya en viaje (no recuerda á qué distancia de Yaguachi) contramarchaba para cumplir con lo que se le prevenía; pero que le advertía que su armamento sólo consistía en 300 rifles de diversos sistemas y con parque escaso. Mi sorpresa fué grande, concluye diciendo, cuando poco después supe la llegada de la segunda División del Sur á Yaguachi. Inquirí la causa, y el Gral. Sarasti me contestó que la ignoraba".

La ostensible animadversión del Sr. Alfaro á nuestros heroicos caudillos le hizo escribir este trozo, con el intento de que se ponga en duda el valor probado de ellos, ó cuando menos, la moralidad y disciplina de sus tropas. La verdad del caso es la siguiente:

Después que el abnegado patriota Sr. Dr. D. José María P. Camaño, burlando la vigilancia de un vapor enemigo, desembarcó, en una de las caletas de Santa

Rosa, un considerable número de rifles con sus respectivas municiones, organizó en los pueblos de la costa oriental, con admirable rapidez y acierto, una lucida y excelente División de verdaderos voluntarios, y la condujo, como Jefe de ella, por un largo y peligroso trayecto, para incorporarse á nuestro ejército que marchaba de esta capital á Guayaquil. En el pueblo de Taura recibió la orden de que pasase con su gente á la Josefina, para dar un ataque combinado con las fuerzas del Gral. Sarasti que ocupaba Samborondón, Yaguachi y Mapasingue. El Sr. Caamaño contestó que así lo verificaría; y al efecto destacó parte de su División al punto denominado "*Unión*" dedonde debía embarcarse para cruzar al otro lado. Se hallaba ya en marcha con el resto de sus fuerzas, cuando recibió de los Grales. Salazar y Sarasti la contraorden de verificar ese movimiento por haber modificado el plan de ataque; y la prevención de que continúe su marcha á Yaguachi. El Sr. Caamaño hizo regresar á la gente que ya estaba en la "*Unión*", contramarchó á Yaguachi y de allí pasó á Mapasingue á ocupar el puesto que se le había señalado en el ejército, causando á éste no poca sorpresa la presencia de una bizarra División bien armada, uniformada y disciplinada regularmente, y que cooperó con importantísimos servicios y su denodado valor al asalto de Guayaquil.

“ A poco de eso, añade el relato, se nos comunicó de Guayaquil que el Sr. Caamaño había dejado abandonada su *artillería* en unas *chatas*; que el enemigo había hecho presa de ellas, y que Veintemilla hacía exhibir los *cañones* en la capitania del Puerto con gran escarnio para nuestras armas. Los tales *cañones* eran pedazos de caña forrados en cuero.

Ninguno de los Jefes y oficiales que hicieron la campaña de Guayaquil, y que fueron testigos presenciales de sus pormenores, sabe esta circunstancia referida por el Sr. Alfaro. Pero supuesto el caso de ser cierta ¿cuál es la consecuencia que se saca de ella? Que los patriotas de corazón echaban mano de toda clase de

recursos para hacer la guerra al **traidor de setiembre** ; que no les detenían los peligros ; que no veían la superioridad numérica de las fuerzas contrarias, ni las enormes ventajas que éstas llevaban, con su poderoso armamento, sobre los defensores de la libertad : pues si es inmarcesible el laurel que se conquista venciendo con armas de madera á un enemigo fuerte, equipado á la prusiana, no merece aplauso ni acarrea gloria vencer con sobra y abundancia de cañones y bayonetas, á un enemigo débil y desarmado.

Las larguezas del Sr. Alfaro, para con nuestro ejército, no están menos exageradas en el folleto que los triunfos y combinaciones de que hemos hecho referencia.

Dice que “el contrato de armas y parque celebrado con Kelly fué de una utilidad inmensa en la campaña, y le permitió la ocasión de darle al Gral. Sarasti 300 bayonetas-sables de que carecía en el ejército restaurador ; y los remington que le pidió, especialmente unos 40 para el *Escuadrón Sagrado*, compuesto de jóvenes notables y entusiastas. Al Cnel. Berrazuela le dió 110 *rifles de aguja* y parque, para que los entregara á una de las columnas de los valerosos machaleros que estaban nominalmente armados”.

Como este obsequio fué del Sr. Alfaro debe llevar su propio sello: la **grandeza**, para no falsear el sistema que se ha seguido. Pero pongamos la verdad en su puesto, empezando por decir que no fueron 300 sino 60 las bayonetas, y los rifles no pasaron de 90.

El Sr. Alfaro ofreció á un amigo suyo, Jefe de uno de los cuerpos de la segunda división del Sur, unos rifles para su gente. El Sr. Caamaño, en cuyo conocimiento puso dicho Jefe la oferta que se menciona, le permitió que los recibiera, no porque le hacían falta sino por condescendencia con el Jefe que manifestó deseo de aceptarlos, y por no dar con su negativa motivo de murmuraciones. Se trasladaron, pues, á nuestro campamento de 80 á 90 rifles de mala calidad de di-

versos sistemas antiguos y complicados. La División del Sr. Caamaño no necesitaba de ellos, porque tenía armamento moderno y en número sobrante; tanto que, antes de la toma de Guayaquil, envió á Ambato una buena porción de rifles con el Sr. Cnel. Angel P. Chavez.

Pero si para el Sr. Alfaro ha sido de tanto peso, y de importancia tan colosal, la cesión al ejército aliado de unos rifles y bayonetas que, tal vez, le servían de estorbo; si le ha parecido honroso y digno de alabanza manifestarse puerilmente ridículo, elevando á la categoría de servicios eminentes las insignificantes y ficticias muestras de alianza que, arrastrado por la fuerza de las circunstancias, dió al ejército restaurador, tócanos recordarle que cuando se practica una cuenta en que hay partidas de cargo y data, debe ponerse unas y otras en su respectivo *debe y haber*, para que del balance resulte el saldo. El Sr. Alfaro pone el cargo contra nuestro ejército, y olvida el descargo; sin duda porque presume que se ha perdido la memoria de los hechos que se efectuaron en los campamentos.

En cambio de las 60 bayonetas y de los malísimos rifles de que se hace tanto alarde, recibió el Sr. Alfaro dos piezas de artillería con la suficiente dotación de tropa valiente y veterana, municiones y enseres. De la División Caamaño se le dieron como cuarenta caballos; y con la robusta gente de la misma división se le hicieron trasladar á su lejano campamento, canoas, balsas, cuerdas, &c. que pidió como elementos indispensables para verificar el paso del "Salado", y que todos sus *voluntarios y denodados patriotas* fueron incapaces de trasladarlos. El transporte de esos objetos, por caminos largos é intransitables, ocasionó la muerte del Comandante Matías Alvarez, uno de los mejores Jefes de la precitada División. Recibió también dinero de la caja de nuestro ejército, y en muchas ocasiones víveres para racionar su gente.

La importancia del obsequio de los rifles y bayo-

netas puede valuarse por lo siguiente:

En el parque del ejército de *lo litoral* había sobrantes más de 200 remington nuevos de sistema moderno; sobre este número se habían recogido ya más de 300 que abandonaban los voluntarios desertores de aquel ejército, cuando estaba acampado en Sabana grande. Los caudillos del nuestro, viendo que ese armamento quedaba sin uso, y que podría servirnos para reemplazar el de diverso sistema que tenían en mano algunas compañías de nuestros valientes, lo pidieron al Sr. Alfaro, y recibieron en contestación una rotunda negativa; habiendo preferido dejarlo, en una balsa custodiado por un oficial y cuatro soldados.—Júzguese por esto si los rifles y bayonetas de tanta alharaca, serían de algún provecho, y véase también por el balance de cargo y data de la cuenta, contra quién resulta un enorme saldo.

Mas, dígase lo que se quiera, la causa de la Restauración le debe al Sr. Alfaro, además de los servicios eminentes de los rifles y bayonetas, otros no menos colosales, como el de que “Veintemilla habría recibido precisamente el armamento anunciado si en el Istmo, no hubiera tenido YO buenas relaciones, y entre otros amigos al Sr. R. R. Vallarino, *Agente confidencial* del Gobierno de Manabí y Esmeraldas”, como lo dice el Sr. Alfaro en su alegato de méritos.

Pero, Sr. Alfaro, ¿no recuerda *la estricta neutralidad que guardaban las autoridades de Colombia, y por la cual era bastante delicada la situación de U.* cuando estaba en Tumaco? Y ¿cómo se cambió tan repentinamente esa estricta neutralidad en decidida y oficiosa parcialidad en favor de U.? ¿Qué circunstancias mediaron para que las autoridades colombianas arrojando á un lado las leyes internacionales, y las más triviales fórmulas diplomáticas, aceptasen y atendiesen y concediesen, contra el derecho público, lo que pedía el Agente confidencial, que *agenciaba* la detención ó embargo del armamento para Veintemilla, en nombre de

un gobierno desconocido? ¿De qué modo se efectuó la captura, embargo, confiscación, ó, lo que quiera llamarse, de ese armamento que *precisamente habría recibido Veintemilla*, si no lo hubiesen impedido las buenas relaciones de U. y su Agente confidencial en Panamá?

Estos arranques de refinado egoismo y vanidad, imitación del grajo de la fábula, no engrandecen á U. Sr. Alfaro, porque todo hombre de sano juicio, y aun los amigos de U., no verán en ellos más que los efectos de una pasión ciega de aparecer ante el mundo como el único caudillo que ha podido dar en tierra con la dictadura impuesta, por la fuerza de las armas, á nuestra cara Patria.

Las falsedades que tienen relación con los acontecimientos que pasaron en las dos provincias y campamentos que estaban bajo el Gobierno de U., pueden alucinar á los que ignoren la verdad de ellos; pero las que directamente amengüen la dignidad é ilustración de Gobiernos serios como el de los Estados de Colombia, imputándoles ignorancia de las leyes internacionales, y una punible y escandalosa parcialidad en asuntos domésticos de otra República, son, Sr. Alfaro, armas que, en vez de dañar á sus contrarios, lo hieren á U. de rechazo.

El anuncio de que llegaría para Veintemilla una cantidad de armamento, fué pura invención ó del mismo dictador para reanimar á los suyos, ó de los que exigían, quién sabe con qué fines, que se precipiten las maniobras de la guerra y se dé el asalto á Guayaquil, sin reparar en dificultades, ni tener en cuenta el mal éxito que podría tener. Y si no, dígasenos: ¿dónde está hoy ese armamento que *precisamente habría recibido Veintemilla*? ¿Lo embargó el Agente confidencial? ¿Está embargado todavía? ¿Fué decomisado, y quién hizo el decomiso? Cualquiera que haya sido el éxito que hubiese tenido, deben existir documentos oficiales que lo acrediten; y deber de U. era, Sr. Alfaro, publi-

carlos para ser creído ; pues estos decomisos ó embarcos no se hacen en el misterio, sino previas las tramitaciones públicas prevenidas por el derecho.

Continúa la narración. “Muchos liberales que había en el otro ejército me rogaron encarecidamente que los admitiera en el mío ; pero por delicadeza, me negué á ello y les aconsejé que sirvieran con buena voluntad en donde estaban”.

Este es, sin duda, para el Sr. Alfaro otro de los *servicios eminentes* que ha prestado al ejército restaurador. ¿ Y qué significa que haya habido quienes quieran pasar de nuestro campamento al del Sr. Alfaro ? Lo mismo sucedía con muchos individuos de los nuestros que estaban en el ejército de *lo litoral* ; y lo único que puede probarse con esto es, la verdad trivialísima de que en el mundo no hay gustos acordes.

La relación del combate de Aragoné, según el Sr. Alfaro es esta :

“Antes de rayar la aurora del 30 de mayo, mi amigo D. Juan Gamarra, recién llegado de Guayaquil, me dió aviso de que los vapores enemigos habían avanzado. En el acto me cercioré de la realidad de la noticia, y mandé uno de mis ayudantes á donde el Gral. Sarasti, á comunicarle lo que ocurría y á solicitar de él que me permitiera disponer de un cañoncito rayado de á 6 que aun no se habían llevado de mi campamento. Evidentemente parecía que el enemigo se proponía atacar la flotilla que estaba en Barranco Blanco y cortar nuestras comunicaciones con Yaguachi y Babahoyo. Apenas recibí la contestación del Gral. Sarasti me puse en marcha con el cañón que estaba á cargo del Mayor Coulet, para desalojar á los vapores de su nuevo fondeadero. Avanzamos bastante y elegido un lugar seco en la orilla del río, mandé hacer alto, y preparar el cañón. El Dr. Borja se permitió indicarme que habia visto un lugar mejor más adelante ; y al fijarme en su temeraria

indicación, lo reconvine con bastante dureza.

“Iniciado el cañoneo, los tiros quedaron cortos ; los saquitos de pólvora estaban escasos dijo uno de los artilleros ; no me quedó otro recurso que seguir el consejo de mi subsecretario de Gobierno.

“Nos pusimos en marcha. Encontramos un estero donde fué preciso desarimar el cañoncito que lo pasamos en canoa. En el tránsito mandé un recado al campamento aliado indicando que por la pampa pusieran en acción su artillería para evitar que del cerro nos acribillara el enemigo con sus fuegos. Ignoro si recibieran este recado. Dejamos atrás la casa de la hacienda de *Aragóné* y llegamos al sitio de que me había hablado el Dr. Borja, que encontré más que bueno. Puse los vigías necesarios y señalé el lugar que debía ocupar el cañoncito. Un estero me ponía á cubierto de cualquier sorpresa del enemigo por tierra ; designé al mayor Duran como artillero, para que ayudase á Coulet. Nuestra proximidad al cerro de Santa Ana frente á las baterías enemigas del Telégrafo y la Pólvora que estaban bien artilladas, fué demasiado imprudente por la manera como se verificó. Desde el punto elgido teníamos á la vista los vapores Huacho, Manabí, Sta. Lucía, Chimborazo y América fondeados en línea. Ordené que se pusiera la puntería exclusivamente al “Sta. Lucía”. Se rompieron los fuegos. El segundo cañonazo del Sta. Lucía, por poco nos causa un destrozo de gran importancia. Nuestros primeros tiros quedaron cortos. Entonces designé al Cnel. Pallares para que se fijara en el curso de las balas de nuestro cañón, y señalára alzar ó bajar la mira, operación sencilla porque por el rebote que hacía el proyectil en el agua determinaba su dirección y alcance. Mi Ministro de Guerra y Marina, en medio de una granizada de proyectiles, cumplió con la serenidad y valor de siempre, su comisión á mi entera satisfacción. Gradualmente fué ordenando alzar la mira que llegó á señalar 6,000 metros cuando la distancia que mediaba al punto objetivo era menos de la mitad. Hubo pues que ir graduando

los tiros á ojo de buen cubero, por que los saquetes no correspondían al calibre, ni la mira que entiendo no era del cañón. Felizmente en la mayor parte de las baterías contrarias, sucedía otro tanto. Los fuegos del *Santa Lucía* y *Chimborazo* eran bien dirigidos; los de los otros vapores no causaban mas efecto que si hubieran sido simples salvas.

De la línea del cerro, los primeros tiros del cañón de á 60 pasaron por alto, y los posteriores visitaron el lugar que ocupábamos, lo mismo que los tiros de otro cañón que por la dirección de los proyectiles juzgo estaría al pié del cerro ó por las Peñas. Los demás cañones del Telégrafo y de la línea, visibles, no nos causaron mayor alarma, porque por lo general llevaban mala puntería. Los que eran bien dirigidos, como los tiros traían una declinación grande, solamente por casualidad podían causarnos daño en su primer rebote; como sucedió con una bala de á 60 que cayó á menos de cuatro varas del cañoncito. Poco faltó para que lo destrozara, pero por fortuna no nos causó daño ninguno, y siguió su trayectoria nuevamente por alto. Algunas balas quedaron enterradas en el estero y en las inmediaciones cuando caían sobre pantanos. De nuestra parte habíamos visto que dos tiros habían dado al *Santa Lucía* y varios en sus inmediaciones. Muchos jóvenes de ambos ejércitos concurrieron oficiosamente á este combate, y antes de terminar llegó el Gral. Salazar. Entre los jóvenes estaban Borja, Gamarra, J. A. Marín, Alamiro Plaza, Pacífico Chiriboga, Estrada, Sucre, Enrique Morales y otros mas cuyos nombres no recuerdo en el momento. Durante el combate manifestaron el más vivo entusiasmo, y todos se retiraron complacidos de haber visto y sentido pasar por sobre sus cabezas multitud de proyectiles de los cañones enemigos.

Los vapores de la Dictadura levaron anclas y emprendieron la retirada; en su marcha el *Chimborazo* nos hizo fuego hasta lo último. Cumplida nuestra misión cesaron los fuegos por completo, y nos retiramos también

en unión de una columna de los simpáticos y bravos machaleros que habían sido mandados para darnos apoyo en caso necesario. En esos instantes oí nuevamente fuego de artillería hacia el otro extremo del Cerro. Cuando salía á la pampa de Mapasingue, el cañoneo por ese lado estaba en lo mejor. El Gral. Salazar se despidió de mí para ir á ver lo que ocurría, y yo me volví para mi campamento á abrazar á los voluntarios de Manabí que habían principiado á llegar poco después de mi salida de él. Se me dijo que habiendo oido el cañoneo por la orilla del Daule, viendo el fuego que se nos hacía del Cerro, habían sacado su artillería para llamar la atención del enemigo por ese lado. No habiendo objeto en continuar el nuevo cañoneo, fué suspendido. También mandaron los Restauradores una ametralladora con un buen retén de infantería para flanquear al enemigo en el caso de que hubiese intentado apoderarse del cañoncito que yo situé en *Aragoné*: medidas todas muy acertadas; previsión digna de elogio.

He ahí la relación de lo que á mí me consta sobre el cañoneo de *Aragoné*, que se verificó en la mañana del 30 de mayo de 1883”.

Pero la verdad del gran combate de *Aragoné* es la siguiente: — El cañoncito destacado de la batería, cuya dotación completa (Comandante de pieza y artilleros) se componía de individuos de la 1ª División del Sur perteneciente á nuestro ejército, estaba destinada á disparar contra cualquier embarcacion enemiga que se presentase á tiro.

Se le dió parte al Sr. Gral. Salazar, Director de la guerra, que la flotilla enemiga se movía amagando á “Barranco Blanco”. Subió al cerro el Gral. Salazar, y cerciorado de la verdad, dió orden para que bajase ese cañón y poniéndose á tiro, disparara contra la flotilla. Que el Señor Alfaro tuviese la misma idea como pudieron tenerla muchos, pues era cosa natural, no se opone á la verdad de que también haya dado dicha orden el

Gral. Salazar. Efectivamente, el Sr. Alfaro había obtenido, al mismo tiempo, el permiso del Gral. Sarasti para llevar el cañoncito, y lo acompañó; pero se quedó tan lejos de la flotilla, que los disparos de nuestra pieza eran absurdos, y fueron contestados por los buques con el desprecio del silencio. Observando esto el Gral. Salazar fué personalmente á reconocer un sitio á propósito desde el cual se pudiera ofender á la flotilla; y encontrando al oficial Cullet, Comandante del cañoncito, y al Dr. Borja, ocupados en igual reconocimiento, mandó al primero que bajase la pieza al lugar que los dos habían elegido. Luego temeroso que la cercanía á la línea del cerro determinase al enemigo á tomar la pieza con infantería, que podía acercarse sin ser vista por dentro del bosque, se dirigió al campamento y envió al sitio escogido una guerrilla de la 2ª División del Sur (Guardia Caamaño). Casi en seguida oyó el primer disparo del cañoncito y el de los buques enemigos; montó á caballo y acompañado del Tente.—Cnel. D. José Ramón Sucre, se dirigió á galope á Aragoné, por lo que podía suceder. Allí encontró al Sr. Alfaro con algunos de sus oficiales, al pié de un árbol distante 40 ó 50 metros del cañoncito, único blanco á que necesariamente dirigía sus tiros la flotilla enemiga; bien que los fuegos oblicuos podían herir casualmente á los espectadores que se hallaban bajo el árbol. Apeóse del caballo el Gral. Salazar; recorrió la distancia que había entre el grupo de expectadores y el cañón; dió órdenes relativas á rectificar la puntería, y él mismo *por humorada* dirigió un tiro al “Santa Lucía”. La flotilla se alejó, y el Gral. Salazar hizo retirar el cañón paso á paso.

Resulta, pues, que el Sr. Alfaro no estuvo al pié del cañón como el Gral. Salazar, y que éste corrió mucho mayor peligro que aquel.

Además: el mismo Sr. Alfaro dice: “En esos instantes (cuando levaron anclas los vapores de la dictadura) oí nuevamente fuego de artillería hacia el otro extremo del Cerro. Cuando salía á la pampa de Mapa-

singue, el cañoneo por ese lado estaba en lo mejor. El Gral. Salazar se despidió de mí para ir á ver lo que ocurría, y yo me volví para mi campamento". Luego: el Gral. Salazar, sin arredrarse, corrió á un nuevo peligro; cumplió su deber yendo al lugar donde *el cañoneo estaba en lo mejor*, acompañado sólo de uno de sus ayudantes, para reconocer el cerro. Allí recibió, á tiro de escopeta, los fuegos de fusilería de casi toda la línea enemiga; por lo cual, el Gral. Sarasti, inquieto por el riesgo que corría, le mandó á suplicar que se retirase. Este recado no lo recibió el Gral. Salazar; pero lo ha referido el mismo que se lo envió.

Durante este reconocimiento se hallaba el Gral. Landázuri, con muchos Jefes y oficiales, en el cerrito del campamento; y oyendo éstos la detención de fusilería enemiga, creyeron por de pronto que era dentro de la ciudad de Guayaquil, donde se operaba una sublevación en el ejército del dictador, pero luego se cercioraron de que habían sido descargas hechas contra el Gral. Salazar y su ayudante que se aproximaron demasiado á la línea enemiga. Mientras esto pasaba con el Gral. Director de la guerra, el Sr. Alfaro se retiraba tranquilo á su campamento.

En cuanto á las quejas del Sr. Alfaro de que, en el Parte oficial de ese combate que el Sr. Cnel. D. Carlos Pérez pasó al Gobierno, no se le haya nombrado; hay que observar que dicho Parte no contiene sino el resúmen del hecho, y no es un detal; habiéndose omitido los nombres de todos los que estuvieron presentes y tomaron parte en él. El que da el Sr. Gral. Sarasti es el detal del primero; y uno y otro salieron de la oficina del General en Jefe, cuyo inmediato subalterno era el Cnel. Perez que reemplazaba al Sr. Cnel. Lizarzaburu Jefe de Estado Mayor General, enfermo á la sazón.

Recuérdese que el Sr. Alfaro, aludiendo al oficio que el Sr. Gral. Sarasti pasó al Gobierno Provisional en 18 de mayo, dijo lo siguiente: "*Sin el temor de que*

tales esperanzas se cumplieran, los restauradores se habían guardado mucho de reproducir la citada nota"; y respecto del Parte del mismo Gral. Sarasti, sobre el combate de Aragoné, de que hemos hablado, dice también: "Sin la vital importancia de actualidad que entrañaba la nota del Gral. Sarasti, se habría omitido su publicación". ¿De dónde proviene esta suspicacia del Sr. Alfaro? ¿Ha omitido el Gobierno Provisional la publicación de algún documento honroso para el de Manabí y Esmeraldas? Debió decirlo, debió publicarlo y hacerlo volar por los cuatro vientos, para que sus querellas tengan apoyo, y para manifestar con pruebas las injusticias é ingritudes de que se cree víctima. Pero mientras no se exhiban esos documentos nadie podrá dar crédito á su palabra.

Además: ¿qué fin podría proponerse el Gobierno Provisional al ocultar documentos públicos, relativos á la guerra en que estaba empeñada toda la Nación? ¿Qué celos podrían tener del Gral. Alfaro hombres que no aspiraban á otra cosa que á la libertad de la Patria, y que eran fuertes con el apoyo de la opinión pública? Los miembros del Gobierno Provisional, muy al contrario de la manera injuriosa y prevenida con que los juzga el Sr. Alfaro, no procuraron en todos sus actos oficiales sino la unión de todos los ecuatorianos, sacrificando los odios y banderías de partido; puesto que á todos convenía, y deber era de todos, volver por la honra de la Patria escarnecida. Prueba de esta verdad es que dejaron en completa libertad á sus más acérrimos y gratuitos enemigos. Prueba de esto es, que éstos desahogaron sus pasiones por la prensa vomitando injurias soeces, calumnias atroces, y asquerosas invectivas contra los *Pentaviros*, que guardaron silencio y las contestaron con el desprecio.

Fueron, pues, los enemigos del Gobierno Provisional los que trabajaban, sin reparar en los medios, para provocar un conflicto general, del que creían sacar buen partido para su bandera; y proclamando por to-

das partes el nombre del Sr. Alfaro, á quien le adjudicaban dotes singulares de milicia y de mando, pensaron que las ridículas consejas, inventadas contra el Gobierno del orden, hallarían acogida favorable en los pueblos, y por este medio llegarían al poder que tanto ambicionaban.

Dice el Sr. Alfaro que “de Guayaquil anunciaron la formación de un fuerte batallón de *voluntarios*, compuesto de bomberos, para defender la ciudad contra los opresores de escuela. Cuando estaba solo con mi ejército, añade, esos bomberos se habían negado á servir á la dictadura”. Esto es demasiado honroso para U., Sr. Alfaro, y para los *voluntarios* bomberos : para U., porque de aquí se puede inferir su popularidad, y las simpatías que se había granjeado entre aquellos voluntarios; y para éstos, porque cuando lo vieron á U. acompañado le voltearon las espaldas, y se presentaron *voluntarios* á formar el fuerte batallón para defender la ciudad, ó, lo que es lo mismo, al *Dictador* que la ocupaba con sus tropas.

En Pascuales tenía U., Sr. Alfaro, concentrado todo su ejército que constaba de 1,200 hombres de infantería y caballería en excelentes condiciones, y unos 200 hombres desarmados, según la narración de Ud. ; pues con estos y los *voluntarios* de dentro de Guayaquil que hubiesen hecho mucho, ¿por qué dejó pasar la ocasión de tomar esa ciudad, antes de hallarse con el embarazo de un ejército aliado? ¿No es verdad que “*el Gral. Vera, especialmente miraba el asunto en su aspecto militar, y tenazmente insistía en que el ataque debía ejecutarse sin demora, y sostenía que no era preciso el concurso del ejército del interior?* Por qué no siguió tan prudentes observaciones y consejos?

Acampados ya los dos ejércitos en Mapasingue, el Sr. Alfaro tomó á su cargo el paso del Salado con su tropa ; transcurrieron días y días y no pudo efectuarlo, obligando á nuestro ejército, que se hallaba listo para el combate, y podía darlo solo, á permanecer en la

inacción. Ocupó la parte occidental de los cerritos del “Salado” y puso algunos tiradores en el picacho más elevado del cerro del Carmen ; pero desistió de establecer tropas en el “Pelado”, teniéndolo por impracticable. Los Grales. Salazar y Sarasti, conociendo la importancia de ocupar ese cerro, para el buen éxito del combate, comisionaron al Cnel. Hidalgo de la 1ª División del Sur, para que, con las tropas del Sr. Alfaro, construyese baterías en esa línea.

El Sr. Cnel. Hidalgo no pudo hacer nada ; y después de haber bregado inútilmente por llevar á cabo la obra que se le había encomendado, se dirigió á los Generales Salazar y Sarasti, y les manifestó que era imposible cumplir la comisión con la gente del Sr. Alfaro, *“toman, dijo, un poco de tierra, y al oír un tiro del enemigo, se echan en el suelo, sin que haya poder humano que los haga levantar”*. En consecuencia pidió que se le diera gente del ejército del interior. Fué preciso darle la tropa que pedía, y con ella construyó las magníficas baterías y caminos cubiertos que las ponían en comunicación ; dando al dictador la asombrosa sorpresa de ver, cuando se descuajó el bosque, baterías construidas con las reglas del arte, á tiro de pistola de los “Baños”, en ese mismo “Cerro Pelado”, que pareció al Sr. Alfaro imposible de ocuparlo con sus tropas.

El Comandante Villavicencio, de la 2ª División del Sur (Caamaño) construyó la hermosa batería de la extrema derecha ; y en la izquierda, esto es, en Aragoné, se construyó otra que en el día de la batalla fué comandada por el Sr. Cnel. D. Rafael T. Caamaño, hermano del actual Presidente de la República.

No debemos pasar en silencio que en el ejército restaurador, acampado en Mapasingue, hubo una noche una alarma que pudo ocasionar fatales consecuencias, si no hubiese estado compuesto de hombres de imperturbable sangre fría ante el peligro. Un grupo de desertores, de los muchos que diariamente tenía el ejército de voluntarios de *lo litoral*, sorprendidos por el Cnel. Hi-

dalgo que trató de aprehenderlos, hicieron muchos disparos, sobre nuestras tiendas de campaña. Todos, Jefes, oficiales y tropa se alarmaron, pues no sabían lo que pasaba, ni de donde procedían esos fuegos; los Jefes calmaron á la tropa, y el Jefe de día, Sr. Comandante Enrique Baquerizo, de la 2ª División del Sur, se dirigió inmediatamente hácia el lugar donde partían los tiros, y encontró que eran causados por los desertores del Sr. Alfaro; tomó á uno de ellos, y los demás lograron escapar, merced á la oscuridad. Este hecho, de que fué testigo todo nuestro ejército, prueba que el de *lo litoral* no dejaba pasar ocasión de dañarnos, y que si aparentaba hallarse aliado con el nuestro, era en realidad su verdadero enemigo, como lo comprobó el día del asalto.

Desde que se acamparon los dos ejércitos en Mapasingue se rugió la voz de que el ejército del Sr. Alfaro, se hallaba dispuesto á volver sus armas contra el nuestro en momento oportuno. Nadie dió ascenso á semejante anuncio, creyendo, como debía creerse, que no era sino brote de pasiones exaltadas, ó desahogo de partidarios poco respetuosos á la verdad; pues no podía suponerse que nuestros *aliados* abrigasen tan siniestras miras, en ocasión en que no había levantada sino una sola bandera: **“La reivindicación de la honra nacional”**. Pero desgraciadamente aquel anuncio no era aventurado, y debía realizarse el 9 de julio. He aquí las pruebas.

El modesto, probo y sincero ciudadano, Gral. D. Vicente Fierro, en el parte de la batalla del NUEVE DE JULIO, que, como Jefe de Estado Mayor de la División del Norte, eleva al Supremo Gobierno Provisional con fecha 11 del mismo mes, se expresa de la manera siguiente: “Eran las 4 h. 50 m. a. m. cuando los centinelas de la línea enemiga notaron nuestra presencia y nos dieron el *¡alto!*, que fué inmediatamente seguido de un nutridísimo fuego de las guerrillas tendidas entre los chaparros del pié del cerro, y de cañón y fusilería de toda la línea que guardaba el primer ascenso del cerro. Contestaron al punto los nuestros con fue-

go de fusil no menos nutrido, y se lanzaron con gritos de entusiasmo á apoderarse de las trincheras enemigas ; pero, en ese mismo instante, *sentimos un terrible fuego por retaguardia, que nos era imposible explicar; y entonces Su Señoría (el Gral. Landázuri) dando orden de tenderse en tierra y de sostener así los fuegos de frente, se lanzó á escape de caballo, á informarse de este incidente inesperado, y hacer cesar ese fuego mortífero*, lo que habían hecho también por su parte los Cnles. Angulo y Orejuela, y los ayudantes de Su Señoría, con lo cual se logró el que calmara un tanto, dando tiempo á que los cuerpos de nuestra División y los batallones “Libertadores” y “Zapadores” de la del Centro continuaran el asalto con redoblado vigor”.

Y bien : ¿ de dónde partía *el terrible fuego por retaguardia* que tanto daño hizo á los valientes que trepaban el cerro de Santa Ana, erizado de cañones y bayonetas ? ¿ Era de la gente que sostenía la dictadura ? Veámoslo.

Después de veinte y tantos días de correrías, marchas y contramarchas del Sr. Alfaro, con sus tropas, á lo largo de la orilla derecha del “Salado”, sin haber podido verificar el paso por el punto que él mismo eligió, hubo de regresar al campamento de Mapasingue, declarándose impotente para llevar á cabo las operaciones que se habían acordado ; y, reunido á nuestro ejército, resolvió acompañarlo en el ataque del cerro de Santa Ana. Dispuesto y concertado el plan de combate, avanzaron nuestros valientes del modo como lo expresa el trozo del Parte que dejamos copiado. El ejército del Sr. Alfaro quedó á *retaguardia* y de él salió el *terrible fuego* que hizo muchas víctimas en las filas de los valientes que escalaban el cerro; hirió en el talón al bravo Cnel. Hidalgo, mató al caballo en que cabalgaba el Gral. Fierro, y ocasionó gravísimos daños al *ejército aliado*. El Gral. Landázuri y los denodados y valientes Cnles. Manuel Orejuela y Euclides Angulo, viendo el destrozo que hacían en los nuestros esas *balas amigas*,

regresaron á galope, en medio de lo mas recio del combate, á inquirir la causa de tan inesperada hostilidad, y hacer que cese ese fuego mortífero. El Gral. Salazar mandó también con el mismo objeto al Comandante Juan José Angulo, y el Gral. Landázuri, después que envió á sus ayudantes, y éstos no consiguieron nada, partió personalmente.

A más del Parte del Gral. Fierro, centenares de cartas venidas de Guayaquil en los primeros días después de la sangrienta batalla del 9 de julio, hablaban de este suceso; y de algunas de ellas que vieron la luz pública, extractamos los siguientes párrafos:

“En menos de veinte minutos fuimos dueños de la línea; pero notando que por nuestra retaguardia se nos hacía un nutridísimo fuego que nos causaba gran daño, observamos que las fuerzas de Alfaro nos fusilaban y asesinaban por las espaldas”.....

“El triunfo no ha sido completamente satisfactorio para la artillería, pues tenemos heridos al Cnel. Hidalgo que queda con los huesos del talón rotos, los Comandantes Juan Gomez Cox y Alejandro Zambrano, Vicelino Muñoz, Juan Moreno, y doce soldados de la Brigada: son muertos los oficiales Cruz, Carrillo y Delgado. Los heridos de todo nuestro ejército son más de ciento; pero los más de éstos y los muertos, son muertos y heridos por la división de nuestra retaguardia”....

.....

“El Sr. Dr. Antonio Flores y nuestros Grales. Salazar, Sarasti, Landázuri, son más que héroes; sin que todos los demás Jefes y Oficiales lo sean menos”.....

“Mi querido hermano”.

“Puedes comprender cómo estará mi espíritu al ver coronada la Santa obra. Hemos tomado á Guayaquil precisamente por donde jamás creyó el tirano; pues la línea cubierta de cañones y con mil hombres de infantería hacían imposible su ascenso. ¡Hemos triun-

fado! Muchas é irreparables son las pérdidas y todas ellas causadas por la perfidia de la división de Alfaro”.....

“Ah ¡ hermano mío! la 4ª compañía estuvo á mis órdenes, con la absoluta prohibición de no hacer un tiro sino al tocar con las bayonetas del enemigo. Efectivamente cumplimos, pero al coronar nuestro triunfo con la heroica intrepidez de los hijos de la sierra, el ejército de Alfaro que marchaba á diez cuádras de nuestra retaguardia, rompió los fuegos y asesinó á nuestro batallón ya victorioso: treinta soldados hemos perdido, y entre los heridos tenemos á nuestro Santiago”.

“Desalojada la primera línea enemiga, y ya con claridad, empezamos á subir el cerro, con la terrible circunstancia de que sentíamos que nos fusilaban por detrás nuestros compañeros, sin saber por de pronto si fuesen algunos de la División de reserva que se habían atrasado, ó era la de Alfaro que había abandonado, tal vez con miras siniestras, el lugar que se le designó para el ataque. Tal fué nuestra angustiosa situación en aquel momento, que pensábamos retroceder para combatir primero con los que se habían vuelto nuestros enemigos en la batalla, y emprender después el ataque á las trincheras”.....

“Alfaro en el momento del combate se puso á retaguardia de nuestra división y la asesinó; la mayor parte de nuestros muertos y heridos son por la espalda”.....

La prensa que se llama *liberal* se ha desgañado, desde esa memorable batalla, elogiando al Sr. Alfaro y dándole á él solo, con prodigalidad que nada cuesta, todos los laureles y glorias de *único triunfador*, sobre la dictadura, *único héroe*, *único genio*, que pudo combinar y llevar á cabo la libertad de la Nación. Elogios sobre elogios; incienso y más incienso; pero no lo ha vindi-

cado de la fea mancha de *aliado infiel*; no ha desmentido, con pruebas y documentos, como lo exige la gravedad del caso, ni el parte oficial del virtuoso Gral. Fierro, ni las cartas que se publicaron en esta capital el 25 de julio de 1883; siendo notable la circunstancia de que en la publicación aludida se dice que, “por no retardarla, no se agregan otras cartas de entre centenares que hablan en el mismo sentido; pero que en caso necesario, se haría una colección numerosa”.

Véase, pues, cuántos *eminentes servicios* nos ha prestado el Sr. Alfaro en la guerra contra la dictadura!

Sin embargo, tomando pié de la moderación genial y característica de los Grales, Jefes y Oficiales de nuestro ejército, se han hecho publicaciones jactanciosas y desnudas de verdad, atribuyéndose todas las glorias de la Restauración, sin dejar nada, absolutamente nada, á los que más laureles alcanzaron en esa lucha. Apenas fué tomada la plaza de Guayaquil; cuando áun estaban tendidos en el campo de batalla los muertos en la batalla; cuando el eco repetía el estruendo del último disparo, el Sr. Alfaro, ó los suyos, decían al mundo, por medio del telégrafo: **Alfaro tomó Guayaquil**; siendo así que este caudillo entró á Guayaquil en momentos en que todos los fuertes, cuarteles y reductos, á excepción del de los Baños, estaban en poder de los nuestros. Quiso posesionarse del Cuartel de artillería que ocupaba ya el Gral. Landázuri con sus invictos compañeros, pero sufrió un rechazo, como era natural.

Concluye su folleto el Sr. Alfaro con este párrafo:

“En otra publicación terminaré mi compendiada narración. También me ocuparé en ampliar más mi Manifiesto oficial en la parte que toca á la inversión de los caudales públicos que administró el Gobierno de Manabí y Esmeraldas, que tuve la honra de presidir: mi propósito no es replicar á los Publicanos de estos tiempos, porque el juicio de los hombres de bien co-

loca á cada cual en su lugar ; sino consignar pruebas fehacientes que demuestren palpablemente hasta donde ha llegado la pasión por intereses en esos leprosos del alma que se han impuesto la nefanda tarea de difamar el desinterés y la abnegación, de que ha dado pruebas el partido liberal”.

Muchas gracias, Sr. Alfaro. Quedamos entendidos de que el juicio de los hombres de bien coloca á cada cual en su lugar ; esta es una verdad tan antigua como sabida por los Publicanos de éstos y de todos los tiempos ; y acatándola como se merece, pueden replicar á U. que para colocarlo en su lugar, es menester la cuenta de la inversión de los caudales públicos que U. manejó ; porque no es la *amplitud* ni el grueso volumen de los Manifiestos, en lo que consiste satisfacer á la Nación del uso que se ha hecho de los caudales que le pertenecen. Los leprosos del alma han exigido de U. documentos que acrediten la inversión de esos caudales, y con esta exigencia no lo han difamado ; porque no hay difamación en pedir, con el derecho de ciudadanos, una cuenta que deje á U. ileso de toda sospecha, y realce su desinterés y abnegación ; como han quedado realzadas la honradez, pureza y hasta nimiedad, en igual manejo de intereses nacionales, de los caudillos del Norte, Centro y Sur de la República. Todos ellos han presentado sus *cuentas documentadas* ; el respetivo Tribunal y la Convención las han juzgado y sentenciado ; y ni hoy ni en lo provenir, pueden echárseles á la cara de esos caudillos el cargo de *deudores de cuentas al fisco*. Imítelos, Sr. Alfaro, y pondrá U. candado en las bocas de los leprosos del alma ; salvo el caso de que no quiera U. igualarse ni esto á los *consumidores de los presupuestos*, á los *opresores de escuela*, que han demostrado al mundo su *desinterés y abnegación* prácticas en el manejo de intereses nacionales, y gobierno de los pueblos.

Quito, setiembre 12 de 1884.

Rafael Villamar.